

PREMIOS NACIONALES DE PERIODISMO

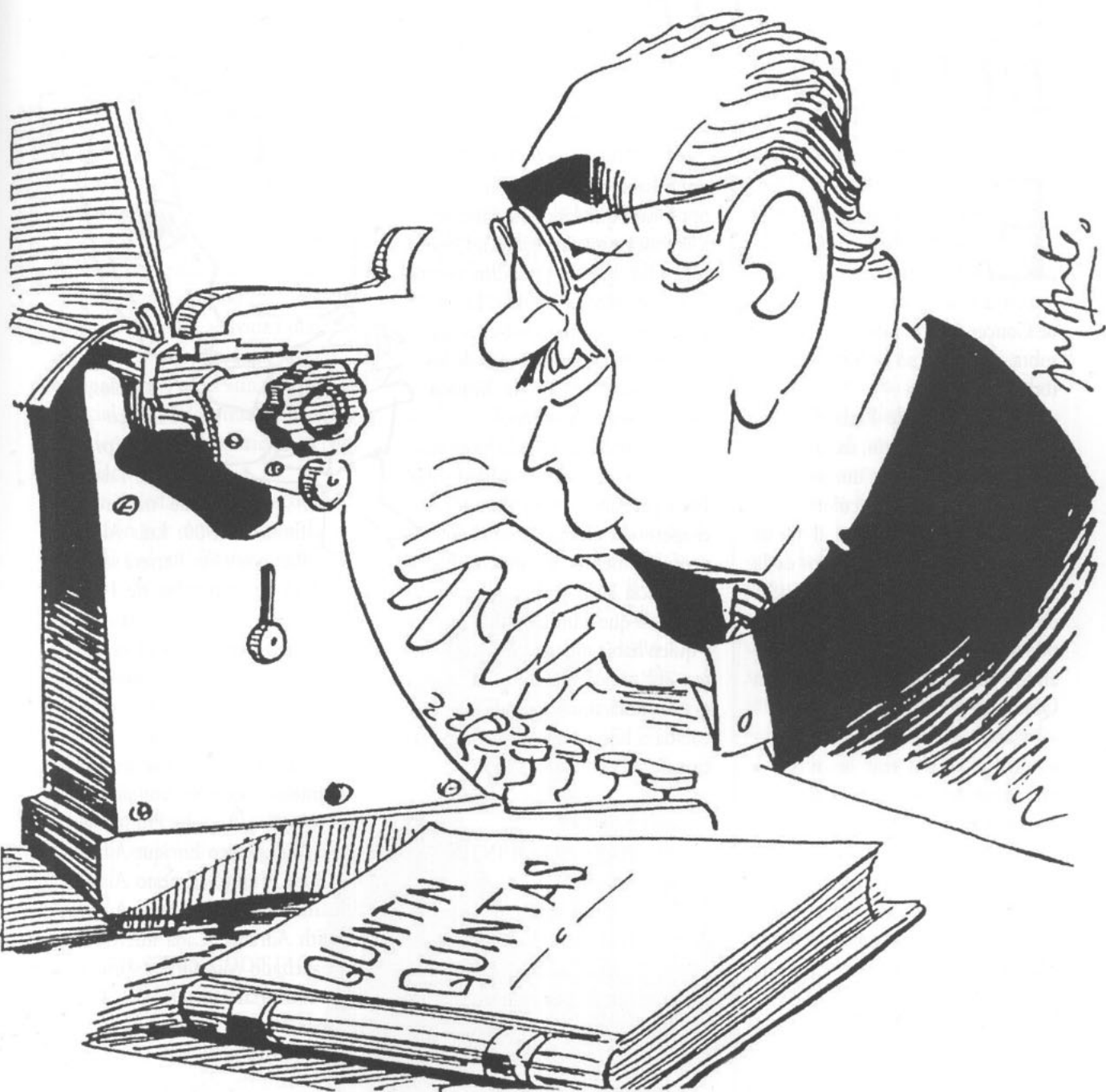
*veintidós*  
**CARACTERES**

Jacqueline Hott Dagorret  
Consuelo Larraín Arroyo  
*EDITORAS*

**AGUILAR**



UNIVERSIDAD  
FINIS TERRAE



ALFREDO PACHECO BARRERA



Alfredo Pacheco Barrera (1965):

# CONFIDENTE DEL SUR

Era su primer día de clases, un lunes de marzo de 1994. Camilo Pacheco Gallardo había optado por Periodismo en la Universidad del Desarrollo de Concepción. Conocía el oficio de sobra, pero aún no lo convencía del todo.

La profesora de Redacción Periodística, Berta Marín, en un intento por motivar a sus alumnos, agitó entre sus manos un artículo:

—¡Lean esta columna...! Es de uno de los grandes reporteros de la región. Y repartió una página titulada «Que sea periodista...», escrita por uno de sus antiguos maestros y amigo personal: el popular Quintín Quintas.

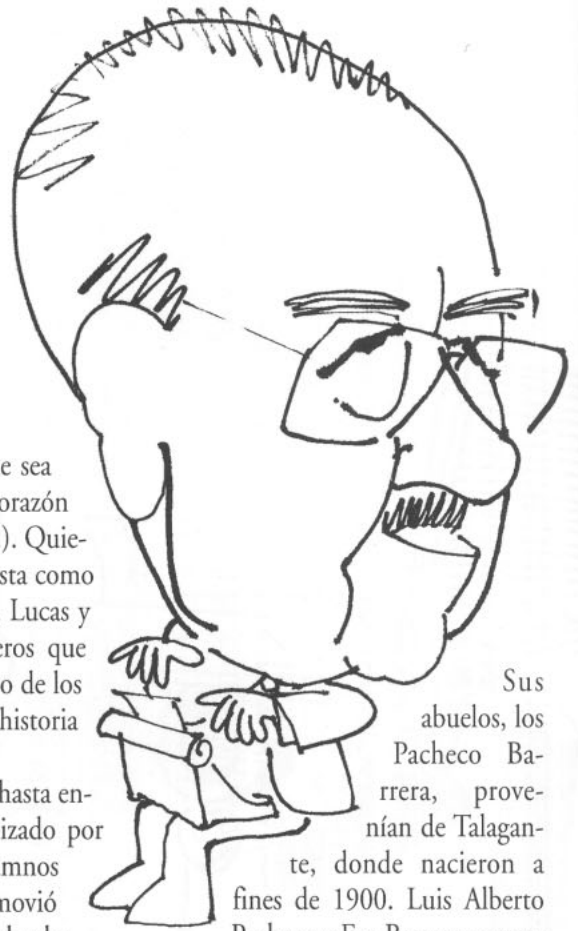
Camilo tomó la hoja: «¿Hay acaso otra profesión más hermosa? A mí me gustaría que mi hijo fuera periodista (...). Quiero que sea curioso (...). Que mire todos los días como si este hubiera sido inaugurado el día anterior, descubriendo el juego de las luces y las sombras. Quiero que sea un hombre que practique intensamente la más preciosa de las libertades y que lo haga de manera

responsable y directa. Que sea optimista, que lance su corazón a la altura y que lo siga (...). Quiero, en fin, que sea periodista como lo fueron Mateo, Marcos, Lucas y Juan, esos cuatro reporteros que escribieron el más hermoso de los reportajes, contando la historia de Dios hecho hombre».<sup>1</sup>

El texto, desconocido hasta entonces por Camilo y utilizado por Berta para abrir en sus alumnos el apetito de escribir, conmovió profundamente al muchacho. Pertenece a su padre, Alfredo Pacheco, al que admiraba sin remilgos y quien había muerto cinco años antes. «Él nunca nos dijo que quería que estudiáramos periodismo», recuerda el hijo menor del Premio Nacional de Periodismo 1965.

## EL PEQUEÑO QUINTÍN

Siguiendo los pasos paternos, Camilo Pacheco se tituló de periodista. Su tesis de grado fue nada menos que *Una mirada a Quintín Quintas*<sup>2</sup>, en la que recoge aspectos de la vida y obra de su padre.



Sus abuelos, los Pacheco Barrera, provenían de Talagante, donde nacieron a fines de 1900. Luis Alberto Pacheco y Eva Barrera se casaron el 13 de septiembre de 1916 y emigraron a Santiago. En la capital Luis Alberto trabajó para la firma Buques y Maderas, hasta que el empresario inglés Percy Compton le ofreció trasladarse a Temuco.

En la ciudad sureña se arraigó el matrimonio, que ya contaba con una hija: Eva Aracely. Pronto llegó Elena Alicia, luego Enrique Alberto, Eleodoro Alfonso, Ernesto Alfredo, Eduardo Arturo, Edmundo Aylwine y Edith Adriana. Cada nuevo niño era bautizado con nombres que debían comenzar con «E» por Eva y «A» por Alberto.

*«Paralelamente a la noticia, se va desarrollando una habilidad para el buen uso del lenguaje, para dimensionar cada palabra y eliminar los adjetivos y adverbios. No hay belleza más lograda que la que se conquista prescindiendo de adjetivos».*

Ernesto Alfredo, nacido el 26 de septiembre de 1923, era un niño «muy desordenado pero amable y de buen carácter», recuerda Adriana, la menor de los Pacheco. «Nunca se le vio molesto; hacía chistes con el significado de las palabras: hablaba al revés y ocupaba sinónimos rebuscados para acciones cotidianas».

En 1930, sin cumplir aún los siete años exigidos, Pacheco ingresa a primera preparatoria del Colegio Bautista de Temuco, considerado de gran prestigio: era bilingüe e incluía la natación como actividad deportiva. Alfredo pronto aventajó a sus compañeros. Poseía «una capacidad especial para concentrarse y no tener que depender de los cuadernos para estudiar».<sup>3</sup>

En ese establecimiento comenzó su afición por el periodismo. La revista *El Colegial Bautista*, publicada desde 1938, se convirtió en el primer medio que dirigió y en ella hicieron fama sus sátiras de los grandes clásicos.

Terminada la secundaria y con solo dieciséis años, Alfredo se inscribió para rendir el bachillerato y entrar a la universidad. El puntaje obtenido le aseguró su ingreso a Derecho en la Universidad de Chile.

### QUIERO SER PERIODISTA

En 1941, la tradicional Escuela de Leyes de la Chile lo esperaba con las puertas abiertas. Hospedado en una casa de familia, Alfredo Pacheco se acostumbró rápido a su nuevo esquema de vida y para ayudarse económicamente consiguió un empleo como inspector de la Escuela de Artes y Oficios.

El verano de 1942, Alfredo volvió a Temuco de vacaciones. El bichito del periodismo, que lo había infectado en sus años escolares, lo llevó hasta el *Diario Austral* de Temuco. Pidió una entrevista con el director, Óscar Arellano, consiguió trabajo y en un par de meses corría por su sangre la adrenalina del reportaje.

De regreso a la universidad, el afán de perseguir la noticia no lo dejaba tranquilo. A tirones llegó a tercer año de Derecho hasta que, intempestivamente, y en medio de una verdadera tormenta familiar, decidió abandonar la carrera y retomar su labor en el periódico sureño.

La opción, como era de esperar, resultó incomprendida. Durante días, el «tema de Alfredo» —como lo llamó entonces doña Eva— no se tocó en la casa de los Pacheco Barrera. Había que esperar la llegada del padre, por entonces de viaje.



*Aunque su mayor creación fue su columna La otra mirada, como subdirector de El Sur supervisaba toda la publicación.*

La familia en pleno se oponía a que Alfredo dejara la universidad. Solo el abuelo Sixto, amante de la literatura, levantó en su apoyo un argumento simple y elocuente: «No hay mejor lectura que leer a un hijo propio». Esas sabias palabras y las primeras crónicas del muchacho diluyeron poco a poco la resistencia de los padres. Alfredo por fin se despedía de las leyes para entregarse al periodismo.

### ¿CÓMO NACE QUINTÍN QUINTAS?

Aprendió sin gran esfuerzo el oficio en el *Diario Austral*. Tanto, que en 1945 ingresaba a *La Prensa* de Osorno como jefe de informaciones. Alfredo Pacheco ya era todo un profesional. En 1949, en una idea que a la larga sería catalogada como visionaria, funda el vespertino *Crónica* de Concepción, donde ocupa el cargo de jefe de informaciones hasta ser nombrado —en 1950— director interino. Fue en esa casa periodística (situada entonces en la esquina de Colo-Colo y General Freire, en pleno centro de Concepción), donde surgió el seudónimo que utilizó Pacheco hasta su muerte: Quintín Quintas.

El origen del apodo fue casual. La noche anterior al frenético estreno de *Crónica*, mientras afinaban los últimos detalles, faltó material. Ante la emergencia, uno de los operadores se acercó a Alfredo y le sugirió que escribiera una pequeña crónica para rellenar la quinta columna de la página cinco, que estaba en blanco; así nació Quintín, seudónimo que cerró con un apellido español que le servía para un juego de letras: Quintas.

La crónica de Quintín Quintas prendió con fuerza entre los lectores y, al día siguiente, el mismo operador de talleres le pidió que continuara con ella. La columna perduró por más de treinta y cinco años y fue famosa entre los penquistas.

«Hablo de crónicas como podría hablar de artículos», explicaba Alfredo Pacheco. «Creo que este tipo de textos, que abundó cuando se hacía periodismo costumbrista, corresponde a una glosa o comentario breve que de una manera subjetiva y de un modo coloquial o liviano trata cualquier tema. Pienso que su éxito marcha a parejas con la posibilidad de parecerse a una conversación con el lector».<sup>4</sup>

Con una tremenda capacidad de trabajo, entre sus muchos cargos fue subdirector del *Diario Austral* de Temuco en 1951 y director subrogante de *La Prensa* de Osorno y *El Correo* de Valdivia en 1952. También fue redactor de la revista *Olimpia*, director del diario *La Patria* desde 1953 a 1960 y

corresponsal en la zona sur para *El Mercurio*, *Ercilla* y *Vea*.

La gran calidad de sus artículos para las revistas *Atenea*, *Travesía*, *Mañana* de México y *The Quarterly of Journalism* de Estados Unidos hace que en 1953 este último país lo invite por tres meses a participar en un programa de intercambio profesional, lo que le permite visitar Perú, Argentina, Uruguay y Colombia.

### CLASES ENTRE HÉROES Y TUMBAS

Ya con una carrera consolidada, en 1960 Alfredo Pacheco se convierte en uno de los 'refundadores' de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción, creada en 1953. Como director y profesor de Redacción Periodística, inicia una reforma profunda en la malla de la carrera.

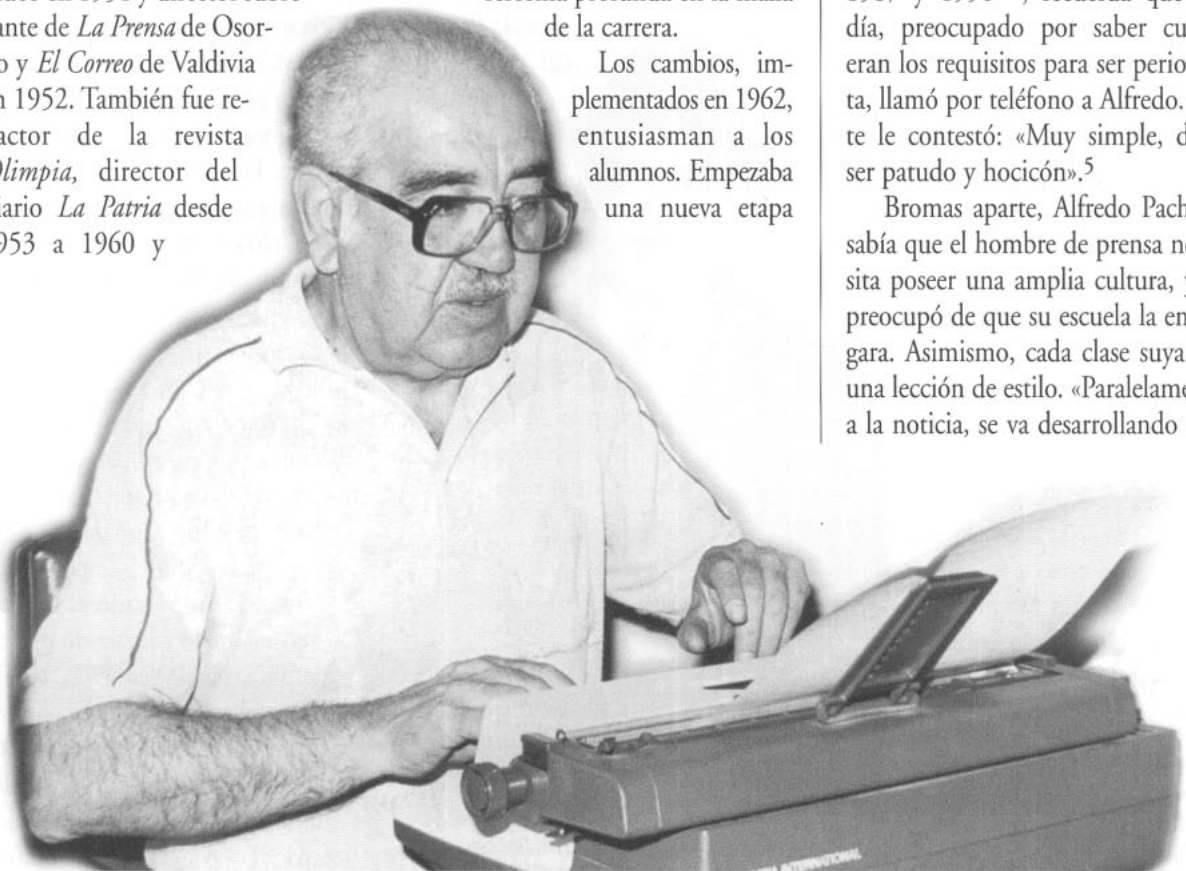
Los cambios, implementados en 1962, entusiasman a los alumnos. Empezaba una nueva etapa

académica, con una línea mucho más periodística y un equipo de profesores que trabajaba en los medios de comunicación regionales.

La Escuela de Periodismo era la «pariente pobre» de la Universidad de Concepción. Tras numerosos traslados, la habían ubicado en el subterráneo de la Escuela de Medicina, a un costado del Arco. El recinto era estrecho, oscuro y frío, pero el optimismo y buen humor de su director hacían olvidar que mientras él divertía a sus alumnos con anécdotas, sus vecinos —alumnos de medicina— disecaban cadáveres. «Los periodistas somos pobres en solemnidad, pero ricos en satisfacciones», les decía, citando a Carlos Silva Vildósola.

Carlos Von Plessing, rector de la Universidad de Concepción durante dos períodos —en 1973 y entre 1987 y 1990—, recuerda que un día, preocupado por saber cuáles eran los requisitos para ser periodista, llamó por teléfono a Alfredo. Este le contestó: «Muy simple, debe ser patudo y hocicón».<sup>5</sup>

Bromas aparte, Alfredo Pacheco sabía que el hombre de prensa necesita poseer una amplia cultura, y se preocupó de que su escuela la entregara. Asimismo, cada clase suya era una lección de estilo. «Paralelamente a la noticia, se va desarrollando una



Fundador y director del diario *Crónica*, Alfredo Pacheco supo representar en su columna el sentir de Concepción.

habilidad para el buen uso del lenguaje, para dimensionar cada palabra y eliminar los adjetivos y adverbios. No hay belleza más lograda que la que se conquista prescindiendo de adjetivos»,<sup>6</sup> repetía continuamente.

«Era un profesor interesante, de fácil comunicación. Pedía a los estudiantes que al levantarse cada mañana pensarán que estaban asis-

car. Fue, además, jefe de informaciones de las radios *Universidad*, *Bolívar* y colaborador de *Araucanía*.

La incipiente televisión también lo tentó: escribió libretos para la señal experimental de *Canal 13* de Santiago y colaboró con *Televisión Educativa* de Ciudad de México.

Tanta dedicación merecía un reconocimiento. Y así fue. Con solo

aunque amigas no le faltaban. Una de ellas era la ex alumna Paulina Gallardo, con quien se escribía: «Éramos su primera generación de estudiantes; por eso siempre mantuvimos contacto. No solo yo, sino todos mis compañeros», advierte Paulina.

Ella trabajaba en la Radio *Minería* de Viña del Mar y Alfredo, que seguía en la dirección de la Escuela

*«Una de las contribuciones que he deseado hacer mediante mi pertinaz columna, a veces majadera, ha sido la de poner el acento en el valor de todo lo penquista y de esta manera la identificación de los vecinos con su ciudad».*

tiendo como invitados especiales a la inauguración del mundo»,<sup>7</sup> recuerda Hugo Olea, ex alumno de Pacheco.

Entre las mechonas había una que hoy recuerda sus clases como «súper entretenidas. Él había recorrido el mundo, leído todo lo que había que leer y, lo más probable, lo que no sabía, lo inventaba. Nos dejaba siempre con la boca abierta». <sup>8</sup> Era Paulina Gallardo, quien vio en Alfredo más que a un profesor, «a un amigo en quien se puede confiar». En esos años no soñaba que llegaría a ser mucho más que amigos.

## EL MERECIDO PREMIO NACIONAL

Si bien lo que hoy permanece de este periodista son sus escritos, también se destacó en radio y en televisión. Sus programas en las emisoras *La Frontera* y *Cautín* de Temuco y sus participaciones en programas periodísticos en las estaciones *El Sur* y *Bolívar* de Concepción, demostraron su gran capacidad de comuni-

cuarenta y dos años, en 1965 recibe el Premio Nacional de Periodismo, con mención en Crónica. Su exitoso camino en la prensa y en la enseñanza, junto a la labor realizada para promover la región y su realidad, fueron factores fundamentales a la hora de otorgarle la distinción. «En la escuela estábamos todos muy orgullosos porque Alfredo se lo merecía. Y no solo por ser un gran periodista, sino por su calidad como persona», recuerda con satisfacción Paulina Gallardo.

Ese mismo año la Unesco lo designó miembro permanente de una comisión de asesores destinada a colaborar con el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina, Ciespal. En su nuevo cargo tuvo que integrar diversos seminarios en países de Centroamérica y América del Sur.

## MATRIMONIO IMPREVISTO

El trabajo llenaba por completo la vida de Alfredo. Ya con más de cuarenta años era casi un solterón,

de Periodismo de Concepción, un día de agosto de 1968 tuvo que viajar a la Ciudad Jardín. Decidieron juntarse a comer.

De pronto, Alfredo le preguntó:

—¿Por qué no nos casamos?

—Bueno, ya —contestó Paulina, como quien acepta una invitación al cine.

Los unía una gran amistad y, claro, intereses comunes. La joven novia viajó rápidamente a la capital a informarles a sus padres que se casaba dentro de un mes: debían aprovechar las dos semanas de vacaciones de Alfredo, de modo que el 14 de septiembre contrajeron matrimonio.

«No fue amor a primera vista. Todo se fue dando con la convivencia. ¡Si no nos besamos hasta después de que me pidió matrimonio!». Pero Paulina reconoce que «lo encontraba interesante, con un enorme atractivo como persona, como profesional».

Se instalaron en un pequeño departamento ubicado en la Galería Universitaria, frente a la Plaza de Armas de Concepción. Tres años más tarde llegó el primer hijo, Andrés.



## DESTINO: COLOMBIA

Cuando en Concepción Alfredo Pacheco ya lo había hecho todo y, según su esposa, sentía que «tocaba techo», en 1972 decidió aceptar una propuesta de la OEA para trabajar por diez meses en el Centro Interamericano para la Producción de Material Educativo y Científico, con sede en Bogotá.

Por otra parte, la llegada del gobierno de la Unidad Popular lo afectaba en lo laboral. «Las cosas ya no andaban bien», explica Paulina. «Incluso teníamos problemas para conseguir leche para Andrés. Aprovechamos la oportunidad y decidimos irnos».

En Colombia arrendaron un departamento frente al Parque de los Periodistas. «Era horroroso y chico. Allí estuvimos un año, hasta que finalmente compramos una casa». En ese condominio, ubicado en la Avenida Diecinueve 3139, vivieron hasta su retorno a Chile.

Pronto la familia Pacheco Gallardo se aclimató al nuevo país. Alfredo tenía un trabajo interesante en un área novedosa —las ciencias— y Paulina daba a luz, en 1973, a Camilo.

La estada en Colombia fue tan grata y provechosa, que los diez meses se prolongaron a ocho años. Pacheco viajaba por América y Europa dictando seminarios y conferencias. Se había hecho experto en el tema y escribió un exitoso *Manual de periodismo científico*.

Camilo recuerda los frecuentes viajes de su padre. «Creo que lo veía una semana al mes, pero ese tiempo era el de mejor calidad».

## DESPISTADO Y BUEN AMIGO

La vida en Colombia era doblemente grata por la presencia de amigos chilenos. Uno de ellos fue

Ricardo Hepp Kuschel, actual director del diario *El Sur*. «En Bogotá lo llamábamos la paloma mensajera, porque tenía pésima orientación. En una oportunidad hicimos un viaje en auto hacia el interior del país y Alfredo insistió en ir liderando la caravana. De repente en un cruce toma la dirección opuesta, y como además manejaba rápido, nos desviamos varios kilómetros tratando de alcanzarlo y decirle que íbamos mal», rememora Hepp.

Su esposa agrega que, además, Alfredo era una nulidad en mecánica.

En una ocasión, mientras viajaban en su Volkswagen, quedaron en panne. Alfredo se bajó para revisar el motor y levantó el capó.

—¿Paulina! ¡El auto no tiene motor!

—¿Qué? ¡No puede ser!

—A lo mejor es así de moderno. Y ahora ¿qué hacemos?

«No recuerdo cómo salimos de esa. Pero sí cómo lo molestaron los amigos cuando le explicaban que el motor iba atrás», ríe Paulina.

En Colombia, Pacheco desarrolló otra importante actividad: «En-

tregó su aporte para la nueva imagen de *El Siglo*, antiguo diario conservador de Bogotá. Allí sentaba a liberales, conservadores, moros y cristianos a su mesa»,<sup>8</sup> señala Hepp.

Fue una linda y productiva etapa. Él mismo declaró a *El Sur*, a su regreso a Chile: «Pude vaciar mi experiencia y las opiniones de docentes de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción y colegas de mi vida periodística en Chile, haciendo un texto para América Latina, escrito por latinoamericanos».<sup>9</sup>

## DE VUELTA A CHILE

«¡Cómo le va, señor Pacheco!», gritaba desde una esquina el suplementero; «¡Bienvenido, don Alfredo!», saludaba el lustrabotas; «¡Hola, Cabezón!», vociferaba un colega. Sus fieles lectores celebraban eufóricos el retorno a Concepción del querido Quintín Quintas.

¿Por qué había vuelto? Durante un seminario en Quito, Ecuador, Hernán Álvez Catalán, en esos años director de *El Sur*, le pidió ayuda para reestructurar el antiguo diario.

Era 1979 y la calidad de vida en la nación cafetera empeoraba. La violencia callejera, las drogas, raptos y delincuencia eran comunes en Bogotá. «Comenzaban los secuestros y la OEA, por política, no pagaba rescates, aunque había disposiciones para cuidar la seguridad de sus funcionarios. Eso a la larga es cansador y como además Alfredo había cumplido todas sus expectativas, ya era hora de volver», rememora su mujer.

Después de meditarlo por algunos meses, Alfredo Pacheco tenía lista la respuesta para Álvez. Estaba dispuesto a regresar, pero con una condición: una máquina de escribir



Su viuda, Paulina Gallardo, fue su alumna en la Universidad de Concepción.

eléctrica, porque no aceptaba seguir trabajando en las antiguas Underwood.

Y así fue como a fines de 1979 Pacheco ocupa el cargo de subdirector de *El Sur*, ahora en su nueva casa de Eyzaguirre 2752, en Lonco Norte. Retomaba su oficio. Cuatro años después, el 25 de octubre de 1983, la Academia Chilena de la Lengua le otorga el Premio Alejandro Silva de la Fuente, por su correcto uso del español. Ricardo Hepp comenta el estilo de Pacheco: «Su prosa no era complicada, sin mucho adjetivo, pero con pureza idiomática. Era perfeccionista al escribir, para que nadie le encontrara un error, sobre todo en el sentido de las palabras».

### EN LA TRANQUILIDAD DE DICHATO

Alfredo era un hombre sociable. A su casa en el balneario de Dichato estaban todos convidados, desde colegas y amigos hasta uno que otro vecino, quien tímidamente se acercaba hasta su reja, a metros de la playa. Allí no había televisión; solo una radio, muchos libros —Montaigne, Elías Canetti, Camilo José Cela, Pío Baroja, Unamuno, José Donoso—, plantas y cuadros pintados por el periodista. Esa atmósfera clara y de paz espiritual invitaba a la reflexión y a la charla.

La pequeña caleta poseía un talante hogareño. Paulina recuerda que frente al mar había un restaurante modesto, pero con muy buena cocina. «A Alfredo le gustó tanto su comida que escribió un comentario en el que hablaba excelente del boliche. A la semana siguiente, el local se llenó y a nosotros no nos dejaron pagar la cuenta. No pudimos volver porque siempre nos invitaban. Aho-

ra ha crecido, no sé si por la influencia de Alfredo, pero en esa época su columna lo ayudó mucho».

### LA OTRA MIRADA DE QUINTÍN QUINTAS

«Alfredo dejó de fumar por el año 1984, pero el daño ya estaba hecho, porque había consumido una cajetilla diaria. Fumaba en clases. Terminaba un cigarrillo y con la colilla encendía el siguiente», señala Paulina. En 1988, el cáncer pulmonar era irreversible.

Pocos meses antes de la muerte de Pacheco, *El Sur* quiso publicar un libro con sus célebres columnas. El único inconveniente: no había archivo completo de ellas. «Él escribía tres veces a la semana. Estábamos acos-

tumbrados a eso, así es que nadie guardaba nada», recuerda su viuda.

Sin embargo, Quintín Quintas tenía un admirador secreto, alguien muy cercano que coleccionó, desde su aparición, cada una de las columnas La otra mirada. Juan Espinoza, auxiliar de *El Sur*, nunca pensó que gracias a él se podría editar un libro. «Pero si yo las tengo todas», les dijo a los atribulados periodistas al oír que se lamentaban por no encontrar nada de Quintín Quintas. «Las recorto y las pego en un archivador. Están en un cuarto del diario, las voy a buscar».<sup>10</sup>

«Él era mi ídolo y a la vez mi amigo. Yo quería conservar algo de ese gran periodista», relata Espinoza con no disimulada emoción. «Don



*Alfredo Pacheco fue siempre muy respetuoso de las personas. «Con él aprendí que uno es grande en su puesto» señala Juan Espinoza, auxiliar del diario El Sur.*



Alfredo es la mejor persona que he conocido. Y la cualidad más importante era que trataba igual a un auxiliar que a una autoridad. Con él aprendí que uno es grande en su puesto».

Ya postrado, a Alfredo le llevaron los artículos para que los eligiera con tranquilidad en su casa. *La otra mirada de Quintín Quintas* recopila ciento treinta y nueve crónicas, escritas entre 1980 a 1982. En sus primeras páginas, el autor plasma su sentimiento regionalista. «Una de las contribuciones que he deseado hacer mediante mi pertinaz columna, a veces majadera, ha sido

la de poner el acento en el valor de todo lo penquista y de esta manera aumentar la identificación de los vecinos con su ciudad».<sup>11</sup>

El libro tuvo el éxito esperado: fue el más vendido durante la semana de su lanzamiento. Jorge Jiménez, dueño de la Librería Estudio, señaló a la prensa: «Son comentarios amables que muestran los valores y características de la región, de sus paisajes, de su gente».<sup>12</sup>

Después de un año de serle diagnosticado el cáncer pulmonar, Alfredo Pacheco Barrera muere en su casa la mañana del 9 de mayo de 1989, antes de cumplir sesenta y seis años.

Concepción se puso de luto. Uno de sus cronistas y amigos más estimados había partido.

Ricardo Hepp recuerda que «la comunidad entera lo acompañó hasta la Iglesia, desde el lustrabotas hasta el gerente del banco».

Luego de cremado, y tal como él y la familia deseaban, sus cenizas se esparcieron en el mar de Dichato, frente a su casa de playa. Desde ahí contempla su «fresco y sereno rincón» y permanece para siempre con las personas que lo amaron.

Por Paula Brevis y Andrés Arcuch

## EL NUEVO PERIODISMO

*«Le escuché a un viejo hombre de prensa que el periodismo era una profesión de profesiones, porque había que saber un poquito de todo y mucho de nada. Esto último para no perder la capacidad de admirarse. He meditado sobre esta afirmación. Hay algunos que piensan que aquello de «profesión de profesiones» corresponde a un permiso para que todas las actividades opinen acerca del periodismo y la manera en que este debe ser ejercido. Es posible. Desde el fresco y sereno rincón, es fácil indicar métodos, criticar, jugar con la verdad sancochada y dar lecciones. Me agradaría ver a esos maestros tratando de convertir en algo inteligible una frase desbaratada, de encontrar un concepto en el cajón de la paja molida, de tolerar la espera y el bla bla, de sufrir con todos los dolores, de gozar con todas las alegrías y, luego, escribir con serenidad y objetividad para que la gente se informe».*

*La otra mirada  
de Quintín Quintas*

## F I C H A P E R S O N A L

**Nombre:** Ernesto Alfredo Pacheco Barrera.

**Fecha de nacimiento:** 26 de septiembre de 1923, Temuco. Muere en Concepción el 9 de mayo de 1989.

**Padres:** Luis Alberto Pacheco y Eva Barrera.

**Estudios básicos y medios:** Colegio Bautista de Temuco.

**Estudios superiores:** Tercer año de Derecho en la Universidad de Chile.

El 14 de septiembre de 1968 se casa con Paulina Gallardo Silva, periodista, con la que tiene dos hijos: Andrés (1971) y Camilo (1973).

**Trayectoria periodística:** *El Diario Austral*; *La Prensa de Osorno*; uno de los fundadores del diario *Crónica* de Concepción; subdirector de *El Diario Austral* de Temuco; director interino de *El Correo de Valdivia* y *La Prensa* de Osorno; director de *La Patria* de Concepción; director de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Concepción, profesor de Periodismo Informativo y Periodismo Radial; designado asesor de la UNESCO para colaborar con el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina; director del departamento de informaciones de la *Radio Simón Bolívar*; jefe de informaciones de la *Radio Universidad*; jefe de informaciones del diario *El Sur* de Concepción; designado a Colombia por la OEA al Centro Interamericano para la Producción de Material Educativo y Científico; subdirector del diario *El Sur*, donde también escribió columnas de opinión bajo el seudónimo de Quintín Quintas.

**Publicaciones:** *La otra mirada de Quintín Quintas*, editada por el diario *El Sur*, 1989; *Manual de Periodismo Científico*, OEA, 1974.

**Distinciones:** Premio Nacional de Periodismo 1965, con mención en *Crónica*. Premio de la Academia Chilena de la Lengua Alejandro Silva de la Fuente, en 1983.

### NOTAS

- 1 Diario *El Sur* de Concepción, domingo 11 de julio de 1980.
- 2 *Una Mirada a Quintín Quintas*, Camilo Diego Pacheco Gallardo, Facultad de Periodismo, Universidad del Desarrollo de Concepción.
- 3 Ibid.
- 4 Ibid.
- 5 Diario *El Sur*, domingo 5 de marzo de 1989.
- 6 *Una Mirada a Quintín Quintas*, Camilo Diego Pacheco Gallardo, Facultad de Periodismo, Universidad del Desarrollo de Concepción.

- 7 Ibid.
- 8 Entrevista Paulina Gallardo de Pacheco, septiembre 2000.
- 9 Entrevista Ricardo Hepp, director del *El Sur*.
- 10 Entrevista a Juan Espinoza, auxiliar del diario *El Sur*.
- 11 Diario *El Sur*, 3 de febrero de 1980.
- 12 Diario *El Sur*, 12 de marzo de 1989.